

EL PASO DE PEATONES MÁS LARGO DEL MUNDO

Laura Gallego

Como cada mañana, Hao acompañó a la abuela Lin hasta los aseos, donde hicieron la cola de rigor mientras Yue, su madre, se situaba en la fila para el desayuno y Qiang, su padre, acudía a las oficinas a consultar las listas de espera.

Llevaban diecisiete días en el campamento y no los habían llamado todavía. Quedaba solo una semana de plazo para empadronarse; si no llegaban a tiempo tendrían que regresar al pueblo.

El censo en las ciudades se regulaba mediante un control férreo de la natalidad y la inmigración, y solo excepcionalmente se abría un período extraordinario de empadronamiento. El último se había convocado dieciséis años atrás, y nadie podía predecir cuándo sería el siguiente.

Ellos sabían que era un proceso muy lento, pero la repentina gripe de la abuela Lin les había impedido partir con más antelación. No pensaban viajar sin ella porque la normativa decía que debían empadronarse todos o dejar atrás a los familiares que no pudieran hacerlo.

Por fortuna, la abuela se había recuperado a tiempo y habían llegado dentro del plazo. Ahora esperaban que les permitieran cruzar antes de que los Pasos se cerraran de nuevo.

Hao reconocía que el sistema estaba bien organizado. El proceso había atraído a millones de habitantes de las zonas rurales, pero lo estaban gestionando bien, dadas las circunstancias. Se inscribía a los recién llegados en una lista y se los alojaba en tiendas bastante confortables teniendo en cuenta su carácter temporal. La comida no era abundante, pero nadie pasaba hambre. Había servicios médicos y espacios de esparcimiento.

Era necesario hacer colas para todo, pero avanzaban con fluidez. Todos conocían los horarios y procedimientos y sabían que no esperaban en vano. Cada día cruzaban los Pasos miles de personas hacia la gran ciudad. Tenías que aguardar tu turno durante semanas enteras, pero acababa llegando tarde o temprano.

Regresaban del servicio cuando vieron a Qiang, que corría a su encuentro muy nervioso.

—¡Estamos en la lista de hoy! —anunció.

Hao sintió un vacío en el estómago que nada tenía que ver con el hambre. Él y la abuela Lin fueron a buscar a Yue mientras Qiang se dirigía al control de acceso. Desayunaron de prisa y reservaron un cuenco de fideos para Qiang. Hao corrió a llevárselo.

Había una zona de espera con bancos, pero solo podían entrar los que estuviesen en las listas del día. Hao enseñó al funcionario su documento de identidad, temiendo que no le permitiera pasar. Pero él le indicó que podía seguir avanzando.

Buscó a su padre entre los viajeros que aguardaban su turno. Qiang lo vio a él primero y

lo llamó. Hao se reunió con él y le tendió el desayuno.

—¿Dónde están tu madre y la abuela Lin?

—Han ido a buscar el equipaje. Enseguida llegarán.

Qiang asintió. Hao se sentó, pero le costaba quedarse quieto. Echó una mirada alrededor para distraerse y se fijó en una chica que, como su padre, tomaba un apresurado desayuno. Ella captó su mirada y le sonrió, con un fideo todavía colgando entre los labios. Hao se ruborizó. Él tenía diez años, la chica rondaría los catorce y le dio un poco de apuro haber llamado su atención sin pretenderlo.

No vio a nadie junto a ella y se preguntó si viajaría sola. No era habitual que los menores cruzaran el Paso sin la compañía de adultos, pero se daban casos.

Por fin llegaron Yue y la abuela Lin. Se instalaron todos en el banco ocupado por Qiang y esperaron.

Pasaron el día inquietos, atentos a los nombres que desgranaban los altavoces. Cada tres horas los repartidores ambulantes distribuían agua y comida. Los viajeros cruzaban el control de acceso a ritmo constante, pero el lugar no se vaciaba, porque seguía recibiendo gente.

Al caer la tarde, Yue advirtió:

—Se va a hacer de noche. Me preocupa que tengamos que cruzar el Paso en la oscuridad.

—Hay luces, y los coches llevan los faros encendidos.

—Aun así, será peligroso.

—De todas formas, tardaremos tres días en cruzar al otro lado —hizo notar Qiang.

Hao suspiró. Así que era cierto. Había visto las autopistas por televisión y sabía lo inmensas que eran. La gente pernoctaba en las isletas porque no había forma de cruzarlas a pie en un solo día. Los medios internacionales afirmaban que aquellos eran los pasos de peatones más largos del mundo.

Aun así, le parecía imposible que existieran de verdad.

—Todo irá bien —los tranquilizó Qiang—. Cruzaremos el Paso y en unos días llegaremos a la ciudad.

Oscurecía ya cuando resonó por el altavoz:

—¡Wei Qiang!

Se levantaron de un salto.

—¡Nos llaman! —dijo Qiang, pero Yue lo detuvo:

—Espera... ¿y si es otro Wei Qiang?

El altavoz anunció:

—¡Chen Yue!

Y después:

—¡Gong Lin! ¡Wei Hao!

—¡Somos nosotros! —exclamó Hao.

En el control de acceso los recibió un funcionario que reunió sus documentos de identidad y los cotejó con la lista sin una palabra. Después selló sus pases y se los entregó junto con el resto de los papeles.

Ellos rebasaron la entrada, donde otros funcionarios repartían chalecos reflectantes y mascarillas para protegerse de la contaminación. Hao y su familia recogieron los suyos y se los pusieron.

Tuvieron que hacer cola, naturalmente. Era ya noche cerrada cuando llegaron al borde de la carretera. Los peatones se adentraban en el Paso bañados por las luces de los vehículos, que rugían con impaciencia, como si desearan abalanzarse sobre ellos.

Hao comenzó a contar las rayas blancas del suelo, pero Yue lo interrumpió:

—Ponte la mascarilla, Wei Hao.

El muchacho obedeció avergonzado. Cuando pisó la calzada se estremeció de emoción y temor.

Avanzaron con la mirada gacha para que faros de los coches no los deslumbraran.

—No se entretengan, por favor —repetían los guardias.

Apretaron el paso, intimidados. En teoría tenían tiempo para llegar a la isleta antes de que cambiaran los semáforos, pero era mejor no distraerse.

Caminaron en silencio, respirando a través de la mascarilla. Poco después alcanzaron la isleta y todavía no había sonado la bocina. Habían superado el primer tramo sin contratiempos.

Por eso se tardaba tanto en atravesar los Pasos: había que detenerse cada doscientos metros para dejar pasar a los coches.

Las isletas estaban cubiertas para resguardar a los peatones de las inclemencias del tiempo. Había espacio para colocar sillas o esterillas, y también había puestos de comida, pero ellos estaban demasiado nerviosos; desplegaron una silla para la abuela Lin y los demás se sentaron en el suelo a esperar.

Poco antes de que sonara la bocina se colocaron al borde de la calzada, tras la barrera de seguridad. Los coches circulaban a tal velocidad que parecían borrones de colores envueltos en humo y ráfagas de aire caliente. Entonces los semáforos cambiaron de nuevo, los vehículos se detuvieron y los peatones reanudaron la marcha.

Segunda isleta. Una hora de espera. Semáforo verde. Adelante.

Tercera isleta. Una hora de espera. Semáforo verde. Adelante.

No hablaban; el ruido ahogaba las palabras y el humo irritaba sus gargantas a pesar de las mascarillas. La abuela Lin respiraba con dificultad, y Hao le ofreció el brazo para que se apoyara en él.

Entonces un conductor impaciente hizo sonar el claxon junto a ellos. La abuela Lin dio un respingo, tropezó y cayó al suelo.

Hao se apresuró a auxiliarla. Sus padres volvieron sobre sus pasos, alarmados. Pero

alguien ayudó a Hao y a su abuela antes de que llegaran. El niño se quedó mudo al reconocer a la chica de los fideos. Ella le sonrió detrás de su mascarilla.

Qiang y Yue llevaron a la abuela Lin lejos del coche que les había pitado. Hao y la muchacha los siguieron.

–Gracias –acertó a decirle él.

–No hay de qué. Me llamo Pan Huiling.

Hao se presentó y aprovechó para preguntarle:

–¿Estás cruzando el Paso tú sola? –Huiling asintió–. ¿Y llegaste sola también hasta el campamento?

–No, me acompañó mi abuela; luego volvió a casa para cuidar de mi abuelo, que es demasiado mayor para viajar.

Huiling añadió que viviría con sus tíos en la ciudad cuando se empadronase. No mencionó a sus padres, pero dijo que quizá no volvería a ver a sus abuelos.

–Hace años, cualquiera podía entrar y salir de las ciudades cuando quería. Pero crecieron de forma descontrolada y el gobierno decidió limitar su expansión.

Hao asintió. Lo había estudiado en la escuela.

–Al principio probaron con vallas –prosiguió Huiling–, y después con muros. Pero no eran eficaces y además entorpecían el tráfico. Así que encontraron una manera de solucionar los dos problemas: construyeron las grandes autopistas modernas. Ya existían carreteras antes, pero no con tantos carriles. Entonces tejían una red que comunicaba todo el país. Las nuevas solo enlazan las grandes ciudades, y además las rodean mediante circunvalaciones. De modo que la gente de las ciudades puede viajar por las autopistas, pero los forasteros no pueden atravesarlas. Son mejores que cualquier muralla: miles de coches circulando a ciento cincuenta kilómetros por hora. Solo pueden cruzarse por los pasos de peatones, que están muy controlados. Si lo intentas por otro lado, te atropellarán.

Lo dijo con un cierto tono siniestro, como si fuese un relato de terror, y Hao se estremeció.

–Todo esto ya lo sabía –respondió.

–Ya lo supongo. Pero es importante decirlo en voz alta, porque cuando simplemente lo piensas, parece que ha sido así siempre.

Hao miró a su alrededor, inquieto. Pero los motores al ralentí hacían demasiado ruido y nadie más los había oído.

Se reunieron con los demás en la siguiente isleta. Debido al tropezón de la abuela Lin llegaron justo cuando sonaban las bocinas. Hao tembló cuando la horda de coches se puso en marcha tras él.

Se sentaron a descansar, y Hao les presentó a Huiling. Ellos la acogieron de buen grado al saber que viajaba sola.

La pausa fue más entretenida gracias a ella. No hizo más comentarios sombríos sobre las autopistas; al contrario, los animó con anécdotas de su estancia en el campamento, y cuando sonó la bocina todos se levantaron con el corazón más ligero.

Siguieron avanzando por el paso de peatones. Finalmente, el amanecer los sorprendió en una de las isletas e hicieron un alto para desayunar.

A mediodía empezó a apretar el calor. El sol había aclarado la niebla y divisaban por fin los enormes edificios en el horizonte. Pero si volvían la vista atrás ya no distinguían el lugar del que habían partido la noche anterior.

—Estamos a mitad de trayecto —anunció Qiang durante la comida.

A la abuela Lin se le escapó un leve suspiro. Pero se levantó cuando sonó la bocina.

Así transcurrió el resto del día. Por la noche ya no tenían ganas de hablar, y los comentarios de Huiling apenas les arrancaban una débil sonrisa. Cuando se detuvieron a cenar, la abuela Lin, agobiada, se quitó la mascarilla para respirar mejor y empezó a toser. Alarmados, la atendieron como pudieron. Cuando se recuperó, acordaron que pasarían allí la noche, aunque tardaran más en llegar a su destino.

Durmieron mal, entre el rugido de los coches y el rumor de los viajeros que transitaban por el Paso. El día siguiente se les hizo todavía más largo que el anterior. La ciudad quedaba ya muy cerca, pero estaban mucho más cansados. Por la noche se detuvieron de nuevo, pero como no podían conciliar el sueño acabaron por volver a levantarse y seguir adelante.

Horas después, la abuela Lin dijo que no podía continuar. Hicieron una pausa en la siguiente isleta, abatidos.

—¡Anímense! —les dijo un viajero—. ¡Solo quedan tres tramos más!

Hao fue a echar un vistazo y volvió con buenas noticias.

—¡Es verdad! Se ve ya el control de acceso a lo lejos.

Siguieron caminando. Hao recorrió aquella última parte del trayecto como en un sueño. Junto a él, Huiling avanzaba dando saltitos y hasta la abuela parecía haber aligerado el paso.

Por fin, sus pies abandonaron la calzada y pisaron una amplia acera donde los funcionarios los organizaban en colas para pasar un nuevo control de acceso.

Se abrazaron emocionados y ocuparon su lugar. Apenas prestaron atención a la bocina que advertía de que el semáforo volvía a cambiar, ni al feroz rugido de los motores; pero entonces se oyó un espantoso golpe, gritos y bocinazos. Hubo revuelto en la cola y los guardias se abrieron paso con gesto grave.

La gente murmuraba.

—Han atropellado a alguien...

—Qué mala suerte, justo al final...

—Sucedé a veces —dijo Qiang con pesar—. Los Pasos son seguros, pero algunos tienen tanta prisa por llegar al otro lado que no prestan atención en los últimos tramos. No mires, Hao.

No es agradable.

Él se volvió hacia Huiling; ella sí tenía la vista clavada en la calzada, donde los servicios de emergencia atendían al peatón caído.

Su rostro era una máscara de terror. Inquieto, Hao intentó llamar su atención... y entonces Huiling empezó a gritar.

Todo fue muy confuso. Hao trató de tranquilizarla, pero ella se revolvió chillando, y cuando los adultos la sujetaron pataleó con todas sus fuerzas. Por fin lograron calmarla, y un guardia se dirigió a ellos. Huiling temblaba, llorosa y con la mirada perdida.

—¿Esta muchacha viene con ustedes?

La abuela Lin respondió con firmeza:

—Sí.

Les entregaron a Huiling y se desentendieron de ella. Mientras la cola avanzaba, Hao y su familia intentaron hacerla reaccionar; pero ella solo derramaba lágrimas silenciosas.

Cuando llegó su turno, todos enseñaron sus documentos de identidad; Hao mostró el de Huiling porque ella no respondía. El funcionario selló los papeles y los dejó pasar.

Y cruzaron el control, dejando atrás el paso de peatones que habían tardado tres días en atravesar. Hao estaba aturdido; sus padres parecían aliviados, pero Huiling continuaba ausente.

Al otro lado había gente esperando a los viajeros. Traían regalos de bienvenida o carteles con sus nombres. Hao descubrió entonces a un hombre que portaba un letrero que decía: «Pan Huiling».

Corrió hacia él, seguido de su familia. El hombre se presentó como Pan Haifeng, tío de Huiling, y mostró fotografías suyas; pero ella lo miró sin emoción.

—Está afectada porque hemos presenciado un atropello —explicó Qiang—. Pero es una muchacha muy alegre; no entiendo por qué se lo ha tomado así.

El señor Pan asintió con pesar y les explicó:

—Cuando Huiling era pequeña, sus padres intentaron cruzar. Ella se salvó, pero ellos murieron atropellados. Creía que no lo recordaba...

Contó que había pedido permiso para ir a esperarla al otro lado; pero los funcionarios estaban desbordados con el empadronamiento y los papeles no habían llegado a tiempo.

—Les estoy muy agradecido por haberla acompañado —concluyó.

Hao tomó la mano de Huiling para infundirle ánimos. Ella lo miró y le sonrió por fin.

Y se internaron en el edificio todos juntos, dejando atrás la descomunal circunvalación con sus millones de coches, sus eternos pasos de peatones y la marea de viajeros que aún seguía atravesándolos en busca de un futuro mejor.